

*Debate correspondiente a la tercera sesión **

Moderador (Ramón Villares): Una vez escuchadas las ponencias de esta sesión, vamos a abrir un turno de palabra entre quienes lo soliciten.

Manuel González Portilla (Universidad del País Vasco): Como estudiosos del pasado, los historiadores jugamos con ventaja respecto a otros científicos sociales porque conocemos el desenlace, y el desenlace de la historia reciente de España desemboca en el Estado autonómico. Ahora bien, éste no es fruto de la simple casualidad, sino de la acción de una serie de fuerzas diversas. Por tanto, la primera conclusión que cabe sacar es la escasa consistencia de esa interpretación histórica que insiste en la evolución lineal y unitaria de todos los territorios peninsulares. Debemos indagar cómo y por qué se ha llegado a esta situación, y explicarlo en los programas escolares. Sin embargo, la visión ideologizada y autocomplaciente del Ministerio rehúye cualquier visión problematizadora del proceso histórico. Por desaparecer, ha desaparecido cualquier mención a la revolución burguesa, a las desamortizaciones o a los desequilibrios regionales.

El análisis del pasado debe ayudarnos a explicar el presente y a hacer propuestas de futuro. Por eso debemos preguntarnos cómo va a evolucionar el Estado de las Autonomías. ¿El actual modelo autonómico es un punto de llegada o un estadio más dentro del proceso histórico'?,

* La transcripción de las cintas magnetofónicas ha sido realizada por José María Ortiz de Orruño. La mesa de la tercera sesión estaba formada por Ramón Villares, moderador, y los ponentes Manuel González de Molina, Joan Cuila, BOLja de Riquer y Manuel Montero.

¿se vaciará en el molde europeo o se transformará en un modelo federal o incluso confederal? Siempre resulta problemático predecir el futuro, pero las tendencias económicas -desde los desequilibrios regionales a la entrada en vigor de la moneda única- parecen apuntar en esta última dirección. Como científicos sociales también debemos abordar esta cuestión.

Joseba Aguirreazkuenaga (Universidad del País Vasco): Discrepo de la valoración que Manuel Montero hace de los conceptos de Euskal Herria o de Vasconia. Ambos tienen una larga tradición historiográfica. Ni son conceptos recientes, ni son patrimonio exclusivo de una determinada ideología. Para comprobarlo basta repasar la obra de Caro Baroja.

Por otro lado, el futuro tampoco debe pensarse exclusivamente en términos de Estado-nación, como si no existiera ninguna otra alternativa de representación política o de desarrollo económico. En la Unión Europea está tomando fuerza el concepto de eurorregión, como polo de desarrollo económico y social. El Consejo Regional de Aquitania, la Comunidad Autónoma Vasca y Navarra forman una eurorregión todavía embrionaria, que cuenta con unos órganos comunes y dispone de un presupuesto conjunto. Resulta aventurado decir qué saldrá de ahí; pero de la misma forma que están cambiando las identidades colectivas, y la emergencia de una identidad basada en el género lo demuestra, también pueden cambiar las concepciones nacionalitarias.

De cara a unas posibles conclusiones generales, quisiera hacer constar mi protesta contra la manía de los poderes públicos, sean estatales o autonómicos, de fijar los contenidos de nuestra disciplina a través de los boletines oficiales. Ya va siendo hora de que los historiadores nos movilizemos y hagamos los programas de historia. Nos corresponde a nosotros fijar a través de debates como éste qué temas se van a impartir en clase y cómo. En este sentido nuestras organizaciones profesionales, como la AHC o el IHSVF, tienen mucho que decir.

Juan José Carreras (Universidad de Zaragoza): Dice Manuel González Portilla que conocemos el resultado del proceso histórico. Desde luego, pero lo que no conocemos es el futuro. Y en el futuro del Estado de las Autonomías van a jugar las variables económicas, pero también las políticas. Esa especie de transición automática, de exudación del Estado vasco con respecto al Estado español que él vaticina, puede que se cumpla o que no. El futuro está abierto.

José María Portillo decía en el debate anterior que el nacionalismo nos ha impuesto su discurso; más bien creo que nos impone su realidad.

Se puede discutir si las nacionalidades existen o no; pero resulta indiscutible la existencia de nacionalistas, de personas físicas que votan nacionalista, y de formaciones políticas nacionalistas que tienen formidables aparatos de difusión de sus ideas y valores. Ésta es una realidad. A los historiadores nos compete explicar por qué han surgido los nacionalismos.

En su intervención, González Molina comparaba la actitud supuestamente más abierta al futuro de los constitucionalistas, que ya están pensando en clave europea con la nuestra, enredada todavía en los viejos debates sobre Estado y Nación. Cierto. Pero es que aquí tenemos un problema que no tienen por ahí fuera: determinados territorios peninsulares no se conforman con el estatuto de región, y reclaman algo más. La pretensión identitaria de un catalán con respecto a un español no es comparable a la de un turingio respecto de un alemán. Borja de Riquer sostenía en un artículo reciente que en ningún país de Europa occidental la cuestión de los nacionalismos no-estatales ha alcanzado las dimensiones que tiene en España. Puede que en el futuro se diluyan las identidades nacionales en una identidad supranacional y paneuropea. Pero dudo que de la extraña asociación de vascos y aquitanos, sin conciencia identitaria ni tradición histórica propia, pueda surgir nada parecido a una nueva conciencia nacional. En el mejor de los casos, esa eurorregión mencionada por Joseba Aguirreazkuenaga tendrá un carácter meramente administrativo para el simple reparto de fondos comunitarios.

Tengo la impresión que hemos desenfocado el debate en relación con la función social del historiador. El historiador tiene dos naturalezas y tres funciones (por decirlo con la vieja expresión tomista). Su primera naturaleza es la científica, que le lleva a criticar y desmontar los mitos, pero también a explicar por qué unos cuajaron y otros no. Hegel deecía que la apariencia forma parte de la realidad; Marx, mucho más pragmático, sostenía que las ilusiones son la realidad. La experiencia histórica ha mostrado la existencia de grupos humanos que, amparados en ciertos mitos, propulsan una determinada construcción nacional que racionalizan *a posteriori*. La segunda naturaleza del historiador es la de simple ciudadano. Como tal puede apostar por la opción identitaria que desee (local, nacional, europea, etc.), y poner sus conocimientos al servicio de su compromiso político. No hay contradicción en ello, aunque a veces puede haber confusión de planos por lo difícil que resulta separar la historia de la política.

joaquim Nadal (Universidad de Girona): Que mi amigo Antonio Morales o yo nos declaramos respectivamente nacionalista español o nacionalista catalán no es algo irrelevante, pero resulta bastante inofensivo. Lo digo porque existe un nacionalismo español ofensivo tanto para la comunidad científica como para la inteligencia media de los ciudadanos de este país. Pero existe también un nacionalismo catalán de idénticas características, aunque de sentido opuesto. Por eso rogaría a Joan Cuïlla que la autocrítica que solicita del nacionalismo español la exigiera también a determinadas versiones del nacionalismo catalán, igualmente ofensivas. Seamos críticos con la desfachatez nacionalista en cualquiera de sus versiones nacionales.

Se ha apuntado varias veces la dificultad de deslindar la historia de la política. Ardua tarea. Un buen ejemplo de la fragilidad de esa barrera entre historia y política es el documento de política autonómica aprobado el pasado 21 de marzo por el Comité Federal del PSOE. Redactado por el entorno de Ramón Jáuregui, contiene algunas cautelas sobre la votación del grupo parlamentario socialista con respecto al decreto de humanidades. Es decir, expresa miedo político a votar contra el PP por si esta actitud pudiera anular la posibilidad de modular políticamente a través del *BOE* qué historia y qué España.

Los historiadores explican cómo hemos llegado a ser lo que somos. Pero desconocemos cómo seremos. Quizá por eso sería bueno, como apuntaba Juan José CalTeras, no imponer interpretaciones que puedan cerrar posibilidades de futuro. El corsé interpretativo de un decreto que prima una determinada forma de ver y entender la historia de España, que mantiene a contracorriente un determinado concepto del Estado-nación, entorpece cualquier discusión política sobre el Estado de las Autonomías y condiciona negativamente una cuestión clave para el futuro de España.

Rafael Valls (Universidad de Valencia): Me parece muy saludable que los historiadores profesionales se planteen cuestiones relacionadas con la enseñanza de la misma. Cuando se habla de los efectos de la función social de la historia no podemos olvidar su impacto entre los estudiantes de primaria y secundaria, que son los ciclos educativos donde la historia es asignatura obligatoria.

Aunque algunos colegas son contrarios a la pedagogización de la enseñanza de la historia, quiero plantear algunas reflexiones en favor de la didáctica a partir de las experiencias de un grupo de historiadores alemanes encabezados por Kocka y Koselleck. Desde comienzos de

los años setenta este grupo viene analizando la ciencia histórica desde una triple perspectiva: investigación, transmisión de conocimientos y recepción de los mismos. Ésta me parece una cuestión fundamental. La ciencia histórica no puede reducirse sólo a la investigación (teórica o temática); debe contemplar también esos dos procesos mencionados. En este sentido reivindico una didáctica hecha desde la pedagogía, pero también desde el profundo conocimiento de la historiografía y del significado de la historia. Digo esto porque tengo la impresión de que no distinguimos entre lo que es enseñar y lo que es aprender. Hablamos siempre de la enseñanza, pero sería preferible fijarnos en lo que se aprende. No se puede confundir lo explicado con lo aprendido, pues ambos procesos pueden no coincidir. La didáctica alemana ahora se está planteando el conocimiento empírico de lo aprendido.

En segundo lugar, conviene rechazar esa idea simplona que reduce la didáctica a un corto número de técnicas. Por contra, la didáctica debe partir de planteamientos más epistemológicos; debe preguntarse «para qué sirve la historia» desde una perspectiva educativa. Conviene distinguir entre conocimiento académico y conocimiento escolar, que no puede ser una simple reducción del anterior. Es otra cosa, y su función distinta. No puede haber un conocimiento escolar válido si quien imparte la disciplina no la conoce de forma exhaustiva. Además, en el aula escolar hay que tener muy clara la dimensión y los problemas del presente. El proceso histórico debe ser presentado como un conocimiento iluminador de lo social más, tanto en sus motivaciones como en su forma de introducirlo. También debe entrar en el concepto educativo la voluntad y el proyecto de futuro. Aquí es donde tienen cabida los valores cívicos y los planteamientos europeístas tantas veces mencionados en este debate.

La didáctica alemana también ha reflexionado mucho sobre el tema de las identidades. Sostiene que la identidad es tanto un fenómeno social como estrictamente personal, hasta el extremo de plantearse una la «identidad del yo». El conocimiento escolar (primaria, secundaria y bachillerato) debe conseguir que los jóvenes incrementen su autonomía personal y alcancen mayores cotas de emancipación. También debe preparar a los estudiantes para reconocerse en las distintas identidades colectivas –en plural, porque pueden ser muchas y no tiene por qué haber una dominante–o Es más, como ciudadano individual considero preferible que haya muchas, porque de lo contrario será peor para todos.

También la pedagogía alemana se ha planteado los peligros derivados de una posible desconexión entre la reflexión historiográfica y el conocimiento escolar. Fue entonces cuando se percató de la importancia de los nuevos canales divulgativos y recomendó a los historiadores académicos la utilización de las posibilidades que ofrecía la prensa, los museos o los programas de televisión. Los modernos medios de comunicación eran el conducto ideal para trasladar los resultados de la reflexión historiográfica al cuerpo social.

Lourenzo Fernández (Universidad de Santiago): Pensando en unas posibles conclusiones, me gustaría resaltar tres aspectos.

Existe efectivamente una confrontación de identidades nacionales porque existen diversos proyectos políticos -incluido el español- que pugnan por imponerse a los demás. Lejos de desactivar este conflicto, el decreto del Ministerio lo agrava al tomar partido. Pero lo más paradójico es que el debate sobre las identidades nacionales, que cautivó a los europeos durante el período de entreguerras, hoy está perielitado en todas partes. El actual debate identitario gira en torno a la construcción de nuevos valores a partir de identidades generacionales, religiosas, de género, paneuropeas..., propios de sociedades complejas y multiculturales.

En segundo lugar, debemos reivindicar una relación entre lo que investigamos y lo difundido en el nivel educativo. Es la única forma de evitar el arcaísmo historiográfico tan evidente en el decreto del Ministerio. Personalmente me interesa un tipo de historia muy alejada de cualquier preocupación nacional. Me apasiona más la historia social, la historia hecha desde abajo, la que prescinde de las fronteras nacionales. Pero no es cuestión de elaborar un programa a partir de mis preferencias personales, sino de un debate entre profesionales sensibles a las distintas corrientes historiográficas.

Por último, quisiera sumarme a la protesta de Joseba Aguirreazkuenaga contra ese furor normativo que nos invade. Si al 55 por 100 de los ítems puestos por el Ministerio sumamos el 45 por 100 que corresponde a las Comunidades Autónomas, el temario final puede rebasar los 300 títulos. Con el agravante además de que va a ser impartido por maestros que han tenido una escasa formación historiográfica. El despropósito no puede ser más completo. En estas circunstancias, la desregulación, así como la retirada del decreto, se hacen imprescindibles.

Antonio Morales (Universidad de Salamanca): Tiene razón mi estimado amigo Joaquim Nadal cuando asegura que existen muchas formas

de nacionalismo, sea español catalán o de cualquier otro tipo. Dentro de una misma corriente identitaria pueden distinguirse múltiples variantes nacionalistas. Algunas son desde luego verdaderamente agresivas, xenófobas e intolerantes. Creo que nos entenderíamos mejor si aceptáramos esta matización.

A tenor de lo escuchado hasta ahora, resulta evidente que el proyecto gubernamental ha sido severamente vapuleado. Son muchas las críticas vertidas hacia un proyecto que tiene aspectos muy discutibles. Tampoco el Gobierno lo ha defendido de la forma más inteligente, a pesar de haberse mostrado abierto al diálogo y favorable a la incorporación de cuantas mejoras fuesen necesarias. Pero la culpa no es sólo del Gobierno central. Algunos Gobiernos autonómicos no sólo evitan en sus documentos legales toda referencia a la idea de España, sino que hacen todo lo posible por silenciarla deliberadamente. Para enjuiciar la situación de manera correcta convendría tener presente esta doble circunstancia.

Algunos historiadores hemos apoyado el proyecto desde una cierta idea de España más reflexiva que emocional. Nos parecía indispensable la enseñanza de una historia de España, aunque tanto los contenidos como la forma de abordarlos queden sujetos a discusión. En este sentido me parece intelectualmente plausible y políticamente conveniente la idea de España como «nación de naciones», suscrita entre otros por Carlos Seco y José María Jover. Este último la formulaba en los siguientes términos: «00. la forma adecuada de expresar en tres palabras la complementariedad y recíproco encaje existente entre España y el conjunto de regiones y naciones que la integran, definidas estas últimas por su lengua y tradición histórica peculiares, así como por la voluntad de conservar y desarrollar su respectiva personalidad en el mareo de una realidad histórica, no sólo estatal, que las trasciende: España» (00). Una España que no es una creación de los Reyes Católicos, sino «una creación romana y visigoda, latente como utopía durante la Edad Media y restaurada en el Renacimiento gracias a la política peninsular de aquellos Reyes». Una España que no es sólo un Estado «sino una gran nación, si es que las hay en Europa occidental, cuya grandeza consiste precisamente en la diversidad de tradiciones y lenguas que comprende». En esta entrevista publicada en *Nueva Revista*, febrero-marzo de 1996, Jover pedía también hacer abstracción de un castellanismo excesivo, que en determinados momentos ha dificultado el entendimiento con otras culturas peninsulares. Me pregunto si este concepto pudiera

ser operativo, si pudiera servir como punto de encuentro de las distintas sensibilidades o como punto de arranque de una idea de España que nos permita superar los problemas actuales. Me gustaría conocer la opinión de BOLJA de Riquer.

Moderador: Esta propuesta exigiría, seguramente, un debate monográfico. Ahí queda expuesta por si alguien desea contestar. Siguiendo con los turnos de palabra, ahora la tiene Justo Beramendi.

Justo Beramendi (Universidad de Santiago): He escuchado con extraordinaria atención la ponencia de González Malina, que me ha parecido muy interesante, lo que no impide que discrepe en algunos puntos.

Estoy de acuerdo con Borja de Riquer cuando asegura que a la historia le resulta difícil emanciparse de la política. Pero si hemos de resignarnos a que ambas vayan unidas, sería bueno determinar de qué política queremos que dependa la historia y cuál ha de ser el grado o la naturaleza de esa dependencia. Evitaríamos más deformaciones historiográficas inducidas por la aparición de nuevos proyectos políticos. Lo digo porque González Malina, que niega sentido tanto a la historia del Estado-nación como a las historias nacionales periféricas concebidas al modo clásico, se pregunta si no sería mejor sustituirlas por una historia de Europa. De sus palabras pudiera pensarse que en una historia de Europa quedarían difuminadas las historias nacionales. Pero de la misma forma que no es de recibo afirmar la existencia del Estado-nación en la Edad Media o en la Hispania romana, con todos mis respetos para el profesor Jover, tampoco lo es utilizar Europa para hacer desaparecer otras realidades. En tres siglos el Estado español no ha conseguido nacionalizar a la población en una única dirección y, en consecuencia, ahora hay varias sensibilidades. Ambos procesos históricos deben ser explicados y no podemos prescindir de ellos por el simple hecho de que no nos gusten.

Soy menos pesimista que González Malina sobre el papel de los medios de comunicación en la crisis social de la historia. Resulta muy discutible afirmar que la innegable presencia social de los medios de comunicación amenaza el papel de la escuela. Antes de hacer afirmaciones de este tipo sería conveniente conocer qué contenidos les llegan a los niños y a los adultos que no pertenecen a nuestro entorno cultural —y que son la mayoría de la población— a través de los medios de comunicación. Sospecho que el *Marca* se lee más que los

artículos de opinión de los periódicos, y que *¿Quién sabe dónde?* sigue estando entre los programas preferidos de los telespectadores. Estos programas ni proporcionan elementos constructores de identidad ni transmiten una determinada visión histórica. A falta de estudios empíricos, me parece arriesgado minusvalorar el papel de la escuela como agente transmisor de una determinada visión histórica. Máxime teniendo en cuenta que en la actualidad toda la población pasa por la escuela.

Por otro lado, no es nueva la existencia de los historiadores mediáticos que tanto parece lamentar González de Malina. Ya en el siglo pasado los historiadores utilizaron la prensa para la difusión de sus ideas. Seguramente muy pocos leían directamente a los Bofarull; pero las ideas sobre la historiografía romántica llegaron a la gente — a los pocos que sabían leer— a través de la prensa. Siempre ha habido historiadores mediáticos, aunque cada época tiene una escala diferente. No debemos escandalizarnos por su existencia.

Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid): Puede creerme Ioan CuIIa si le digo que ni Jiménez Losantos, ni Romeu de Armas, ni esa revista llamada *Razón y Fe* que él ha mencionado están entre nuestras lecturas habituales. Borja de Riquer decía que le da miedo el término patria; a mí también. Pero puesto en boca de determinadas gentes también el término nación o nacionalismo —que tiene diversos usos— me asusta un poco; incluso más que el de patria, porque tiene una pretensión más absolutizadora. Estoy de acuerdo con ambos cuando afirman que todos tenemos, confesas o inconfesas, simpatías nacionalistas. Pero no me preocupan las simpatías, sino las declaraciones explícitas.

Por otro lado, no creo que la disyuntiva sea historia nacional o historia universal. Existe un término medio, que los americanos han comenzado a denominar historia transnacional. Aunque la expresión no me parece muy afortunada, esta forma de entender la historia no tiene en cuenta las fronteras. Sucede más bien al revés: el historiador traza los límites de lo que quiere explicar. No es una concesión a la posmodernidad: Braudel hizo eso mismo cuando abordó el Mediterráneo. ¿Por qué no reivindicar una historia donde las fronteras no nos vengán dadas, donde no nos impongan límites, donde no nos marquen las cuestiones que querernos analizar'? Estoy abogando por una vía intermedia, equidistante entre esa historia universal a lo Baudrillard que nos lleva a fundirnos con la naturaleza y la historia cuyo único sujeto posible sea la nación, con o sin Estado. Por mi trayectoria política

viví aquella época en la cual creíamos que la clase era el único sujeto; no tengo ningún deseo de volver a otra fase de sujeto único, o cuando menos prioritario. Prefiero construir en cada relato histórico el sujeto, sin más límites que los que yo me imponga, y explicar que las fronteras son artificiales; prefiero enseñar a los estudiantes a construir relatos históricos no predeterminados.

y si los historiadores debemos fomentar alguna identidad, que sea la de ciudadanos. No ya de simples ciudadanos españoles o europeos, sino de ciudadanos desde la perspectiva de un cosmopolitismo ilustrado. Esto es: sujetos con vocación universal, conscientes de sus responsabilidades cívicas y también de que tienen entre sí muchos más elementos comunes que diferenciales.

Ioan Cultra (Universidad Autónoma de Barcelona): Joaquim Nadal me ha reprochado no haber aplicado al discurso nacionalista catalán los mismos reparos que al nacionalismo español. Claro, porque el discurso nacionalista catalán aparece confeso y convicto en todas sus manifestaciones. No se manifiesta de forma vergonzante o encubierta. Cierto que si lo hiciera así tampoco pasaría inadvertido, porque los centinelas del nacionalismo español lo denunciarían desde la atalaya mediática.

Hablando más en serio, los historiadores catalanes siempre se han distinguido en el combate contra los mitos historiográficos. Baste recordar la polémica sostenida a mediados de los años treinta sobre Fernando el Católico entre Jaume Vicens Vives y Antoni Rovira y Virgili, este último exponente paradigmático de la historiografía romántico-nacionalista catalana. Mientras Rovira lo consideraba un rey nefasto para Catalunya, Vicens, que había dedicado su tesis doctoral a estudiar la relación de este monarca con la ciudad de Barcelona, tenía una visión mucho más matizada y compleja. Sin querer establecer ningún paralelismo con Vicens, un servidor dedicó ocho años y publicó más de quinientas páginas tratando de desmontar el viejo tópico de Lerroux como agente saboteador enviado por Madrid a Barcelona para desbaratar el arranque del catalanismo político. No son, desde luego, los únicos ejemplos. Convendrán conmigo, por tanto, en la existencia desde hace mucho tiempo de una riquísima corriente historiográfica en Catalunya profundamente crítica con los estereotipos del nacionalismo catalán. Sin ningún tipo de autocomplacencia colectiva o gremial, creo que la comunidad historiográfica catalana posee un sistema de anticuerpos sobradamente capaz de contrarrestar las tendencias mitologizadoras y autistas, que también las hay. Sirva como ejemplo la labor colectiva

de *L'Àvenç* o de *Recerques*, por citar dos revistas con más de veinte años de existencia.

Debo aclarar que el listado de personas y periódicos citados en nuestra ponencia –y que según confesión propia no lee Manuel Pérez Ledesma– no han sido elegidos por su mayor o menor representatividad, sino para subrayar la diversidad de las personas y los medios que defienden el Decreto Aguirre. Por algo será. En todo caso, si esa lista ha servido para que Antonio Morales constate en voz alta la heterogeneidad de las actitudes nacionalistas, tanto españolas como catalanas, la doy por bien empleada.

Borja de Riquer (Universidad Autónoma de Barcelona): Tiene razón Manuel González Portilla: los historiadores jugamos con la ventaja de conocer el desenlace. Pero debemos explicar cómo y por qué se han producido los hechos. Desde luego, el Estado de las Autonomías es fruto de una experiencia histórica compleja y peculiar, en la que, además de reflexionar sobre el Estado, hay que hablar también de diferentes solidaridades y de diferentes formas identitarias. Por eso me parece necesario denunciar determinadas deformaciones y actitudes autistas. Como fundamentalmente somos el resultado de la evolución de los últimos doscientos años, ciertas interpretaciones simplificadoras, o peor aún maquilladoras, de la realidad de la Restauración o del franquismo tienen que ver menos con planteamientos historiográficos que con la situación política actual. Debemos estar muy atentos a esas manipulaciones; debemos propagar determinados valores cívicos, como la tolerancia o la aceptación de la diversidad. Pero sobre todo tenemos que asumir la herencia del pasado para no coartar el futuro. Cualquier imposición gubernativa sobre qué es España o sobre qué historia de España se debe enseñar, se convierte en una coacción, en una hipoteca de futuro contra la que debemos reaccionar. Ahí se une nuestra doble condición de historiadores y ciudadanos. No podemos permanecer neutrales frente a proyectos que nos quieran imponer una determinada visión de la historia.

Pregunta Antonio Morales nuestra impresión sobre la idea de España como «nación de naciones». Personalmente me parece una propuesta bien intencionada, pero creo que es un sofisma. No se puede aplicar el actual concepto de nación a la Hispania romana y suponer que desde entonces existe ya una identidad nacionalitaria. ¿Cómo entender entonces el significado de los reinos medievales como Cataluña, Aragón, Valencia o Navarra, como una primera ruptura nacional? De poco sirve

elucubrar sobre lo que pudo haber pasado. Lo indiscutible es la existencia de un Estado unitario y centralista desde el siglo XVIII, que ha intentado imponer una determinada identidad y no lo ha logrado. Ésa es la realidad. A los historiadores nos compete explicar por qué no lo ha logrado y por qué existen otras formas de identidad. Por tanto, y aun admitiendo la buena intención de la definición de España como «nación de naciones», no me satisface.

Quisiera terminar con una anécdota familiar, pero muy ilustrativa, sobre el impacto social de la crisis del 98 antes aludida. En cierta ocasión mi abuela me contó que a sus trece años lloró al enterarse de la pérdida de Cuba. Al verla llorando, su madre se acercó y le dijo que no se preocupara, que a los seis meses nadie se iba a acordar de aquello. Y así fue: seis meses después nadie se acordaba del «desastre».